

Por una historia global de los estudiantes latinoamericanos a principios del siglo XX

Resumen: El objetivo es proponer una ruta metodológica para el abordaje de los estudiantes latinoamericanos desde una perspectiva global. Para lograrlo se defenderá la hipótesis de que los estudiantes de principios del siglo XX no pueden ser asumidos como un movimiento social. Después se revisará la forma en que su estudio ha sido abordado desde la historia política, la historia comparada, cruzada y transnacional. Luego, se propondrá una nueva categoría de análisis para abordar la figura del estudiante desde la historia intelectual y, finalmente, se ilustrará cómo mediante esta categoría es posible insertar la historia de los estudiantes latinoamericanos en la historia global de la Gran Guerra.

Palabras clave: estudiantes, historia global, jóvenes intelectuales, Gran Guerra.

Towards a Global History of Latin American Students at the Beginning of the Twentieth Century

Abstract: This study proposes a methodological route for approaching Latin American students from a global perspective. To achieve this, I will defend the hypothesis that the students of the early Twentieth Century cannot be assumed to be a social movement. Then, how their study was approached, from political history to comparative, cross, and transnational history, will be reviewed. Then, I will propose a new category of analysis to approach the student's figure from intellectual history, and, finally, it will illustrate how, through this category, it is possible to insert the history of Latin American students in the global history of the Great War.

Keywords: students, global history, young intellectuals, Great War.

Por uma história global dos estudantes latino-americanos no início do século XX

Resumo: O objetivo é propor um percurso metodológico para abordar os estudantes latino-americanos a partir de uma perspectiva global. Para isso, se defenderá a hipótese de que os estudantes do início do século XX não podem ser assumidos como um movimento social. Posteriormente, será revista a forma como o seu estudo tem sido abordado a partir da história política, da história comparada, cruzada e transnacional. Em seguida, será proposta uma nova categoria de análise para abordar a figura do aluno a partir da história intelectual e, por fim, se mostrará como através dessa categoria é possível inserir a história dos estudantes latino-americanos na história global da Grande Guerra.

Palavras-chave: Estudantes, história global, jovens intelectuais, Grande Guerra.

Cómo citar este artículo: David Antonio Pulido García, "Por una historia global de los estudiantes latinoamericanos a principios del siglo XX", *Trashumante. Revista Americana de Historia Social* 24 [2024]: 14-37.

DOI: 10.17533/udea.trahs.n24a02


• **Fecha de recepción:** 02 de agosto de 2023

Fecha de aceptación: 04 de diciembre de 2023



David Antonio Pulido García: Historiador de la Universidad Nacional de Colombia. Maestro y Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México [UNAM]. Profesor e investigador de tiempo completo en la Licenciatura en Ciencias Sociales y en la Maestría en Estudios Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional [UPN], Bogotá, Colombia.

Correo electrónico: daapulidog@upn.edu.co

•  <http://orcid.org/0000-0001-7338-0081>

Por una historia global de los estudiantes latinoamericanos a principios del siglo XX

David Antonio Pulido García

Introducción

Próxima a conmemorarse una década más del inicio de la Gran Guerra y pese a la importante cantidad y calidad de los trabajos que en los últimos diez años han aparecido, en especial aquellos que se ocupan de su recepción en América Latina,¹ hay algunos temas que todavía no han sido suficientemente discutidos por la historiografía especializada: uno de ellos es el impacto que la guerra europea tuvo en el sector estudiantil latinoamericano. Aunque en otros lugares se han realizado ciertos avances al respecto,² la publicación de un dossier dedicado a los abordajes novedosos para el estudio de los movimientos estudiantiles latinoamericanos de los siglos XX y XXI, por parte de *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, ha propiciado la oportunidad para meditar sobre las implicaciones del orden teórico y metodológico que conlleva la historización del estudiantado latinoamericano en su relación con el acontecimiento global más importante de los primeros treinta años del siglo XX. Tarea no ajena a la controversia, ya que, por un lado, obliga a la revisión de presupuestos teórico-metodológicos de amplia trayectoria y aceptación entre la comunidad académica experta en las vicisitudes estudiantiles del continente y, por el otro, exige la proposición de una nueva categoría de análisis para su estudio en esta coyuntura en particular.

Así las cosas, este artículo es un intento por delimitar los términos de esta nueva categoría de análisis para el abordaje de los estudiantes latinoamericanos de principios del siglo XX, en función de propiciar su inserción en la historia global de la Primera Guerra Mundial.

1. Stefan Rinke, *América Latina y la Primera Guerra Mundial. Una historia global* (México: Fondo de Cultura Económica, 2019); Olivier Compagnon, *América Latina y la Gran Guerra. El adiós a Europa (Argentina y Brasil 1914-1939)* (Buenos Aires: Crítica, 2014); María Inés Tato, *La trinchera austral. La sociedad argentina ante la Primera Guerra Mundial* (Rosario: Prohistoria, 2017).
2. Romain Robinet, "Sympathy for the Kaiser: Students Facing the Great War in Revolutionary Mexico", *Journal of Iberian and Latin American Research* 23 (2017); David Antonio Pulido García, "Las revistas estudiantiles latinoamericanas y la Gran Guerra", *Historia y Guerra* 3 (2023).

¿Un movimiento social?

Dentro de la historia social latinoamericana es lugar común señalar a las dos primeras décadas del siglo XX como el periodo germinal de muchos de los movimientos sociales que dejaron su impronta a lo largo de la centuria. Una fase de emergencia cuyas condiciones de posibilidad se encuentran estrechamente ligadas a los procesos de industrialización y urbanización que experimentaron, con diferentes grados de intensidad, las principales ciudades del continente; lo que devino en la rápida transformación, no sólo de su fisonomía arquitectónica, sino también de su composición social. Así, nuevos paisajes urbanos se erigieron como escenarios para el debut de noveles personajes, quienes empezaron a representar roles sociales tan dinámicos como insospechados hasta entonces. Uno de estos personajes, quien motiva el presente artículo, fue el estudiante.

Ahora bien, historiográficamente es poco lo que se ha reflexionado acerca de las implicaciones metodológicas resultantes de interrogarse sobre la especificidad del lugar social en el que se encontraba el estudiante latinoamericano de principios del siglo XX. En su mayoría, los estudiosos del tema han realizado sus análisis desde el paradigma del movimiento social, en especial, aquellos trabajos que tradicionalmente toman a la Reforma Universitaria de Córdoba como el inicio incontestable de la agitación estudiantil que experimentó el continente hasta bien entrada la década de los años 30.³ No obstante, el carácter de movimiento social endilgado comúnmente a los estudiantes ha sido revisado por importantes historiadores, como es el caso del colombiano Mauricio Archila quien, a través de una juiciosa reconstrucción historiográfica, pone en tela de juicio que dicha categoría de análisis pueda ser usada acertadamente para historiar el fenómeno estudiantil colombiano en fechas anteriores a 1960, una reflexión que explicaría, en parte, la escasez de trabajos sobre el movimiento estudiantil de ese país en la primera mitad del siglo XX. Más allá de eso, dentro de los argumentos que esgrime Archila, existe uno en particular que bien podría ser extensivo al resto de las especificidades nacionales del continente, ya que llama la atención sobre el carácter “cíclico y transitorio, tanto en términos de actores como de líderes,” propio de la acción estudiantil, lo que dificulta su experiencia acumulativa, sugiriendo por ello el uso de términos como “coyunturas estudiantiles o de luchas estudiantiles más que de movimiento como tal”,⁴ argumento que incluso daría luces para comprender por

3. Investigaciones que rastrean la realización de proyectos estudiantiles anteriores e independientes a la Reforma, o que buscan sus antecedentes, comparten el mismo marco interpretativo. Véase, Mark Van Aken, *Los militantes* (Montevideo: FCU, 1990); María Cristina Vera de Flachs, “Un precedente de la reforma del 18: el I Congreso Internacional de Estudiantes Americanos. Montevideo 1908”, *Movimientos Estudiantiles en América y Europa*, vol. II, ed., María Cristina Vera de Flachs (Córdoba: Junta Provincial de Historia de Córdoba, 2006).
4. Mauricio Archila, “Historiografía sobre los movimientos sociales en Colombia. Siglo XX”, *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, ed., Bernardo Tovar Zambrano (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1994) 314.

qué la mayoría de trabajos de historia social sobre los estudiantes en América Latina, centran su atención en la interpretación o análisis de efemérides particulares, desperdigadas en el tiempo o en el espacio, y no en procesos densos y continuados de mediana y larga duración.

Los estudios clásicos sobre la Reforma Universitaria resultan ser un ejemplo de la plausibilidad de esta argumentación en lo relacionado con la espacialidad, en tanto que, como se verá en detalle más adelante, centraron su atención en la búsqueda de las variantes nacionales que tuvo el proyecto reformista a lo largo y ancho del continente, más que en el desentrañamiento de sus condiciones subjetivas (nacionales) y objetivas (continentales y globales) de posibilidad.

Por otra parte, Renate Marsiske, una de las voces más autorizadas en el estudio de los movimientos estudiantiles latinoamericanos,⁵ ha acertado en señalar la relación parental que existió entre las incipientes clases medias —término al que incluso califica de ambiguo— y los movimientos estudiantiles del continente durante las primeras décadas del siglo pasado. No obstante, al revisar su argumentación, el uso de la categoría movimiento estudiantil, emparentada a reivindicaciones sociales propias de una emergente clase media, se presenta problemática en sí misma. En primer lugar, porque en términos numéricos resulta difícil interpelar bajo la categoría de movimiento a una muy pequeña fracción, estrictamente delimitada por cuestiones etarias y de género,⁶ de esa “delgada capa intermedia que separaba a la élite del pueblo organizado”.⁷

Empero, el papel determinante del factor numérico en la definición de lo que es o no un movimiento social podría resultar intrascendente, de no ser porque a él se le suma, en un segundo lugar, la ausencia generalizada de identidad estrictamente política y colectiva de los jóvenes matriculados en los diferentes centros de educación superior del continente, sin que ello signifique afirmar la inexistencia, antes del siglo XX, de cierta identificación grupal entre los jóvenes universitarios, sólo que ésta se jugaba más en el campo del privilegio aristocrático de corte decimonónico, que en algún tipo de accionar político conjunto.

Por supuesto, el advenimiento del siglo XX marcó el inicio de un aumento continuado en la matrícula universitaria de las principales ciudades latinoamericanas. Sin embargo, su número seguía siendo exiguo con respecto de la población en general. En el caso colombiano, Mauricio Archila afirmó que “para fines de

-
5. Renate Marsiske, coord., *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, T. I-V (México: UNAM/CESU/Plaza y Valdés, 1999).
 6. Fueron muy pocas las mujeres que a principios del siglo XX participaron de la organización estudiantil debido a que tenían restringido su acceso a la educación superior; sin embargo, destaca la estudiante uruguaya Clotilde Luisi, por su papel fundamental en la dirección ideológica del Primer Congreso Internacional de Estudiantes Americanos de 1908.
 7. Renate Marsiske, “Clases medias, universidades y movimientos estudiantiles en América Latina”, *¡A estudiar, A luchar!*, coords. Álvaro Acevedo Tarazona, Sergio Arturo Sánchez Parra, Gabriel David Samacá Alonso (México: Universidad Autónoma de Sinaloa, 2014) 42.

los años veinte no había más de diez universidades en el país”,⁸ lo que en correspondencia sugiere una mínima cantidad de estudiantes inscritos en ellas, mientras que para el caso mexicano el historiador francés Romain Robinet ha señalado que, al comenzar la Revolución, “la condición estudiantil era [...] un fenómeno bastante minoritario y esencialmente urbano” que representaba tan sólo el 0.1% de la censo poblacional.⁹ El caso argentino, aunque con una ligera variación con respecto del total del empadronamiento, también es muestra de ello, como lo expresó un espectador tan informado como Ernesto Quesada, quien en su discurso de conmemoración de los cien años de la universidad de Buenos Aires en 1921, señaló que para entonces la cifra de estudiantes comenzaba “lentamente a aumentar”, llegando a un total de treinta mil inscritos en las diferentes universidades nacionales de todo el país.¹⁰

De tal suerte que, aunque a lo largo de las dos primeras décadas del siglo pasado haya existido un aumento regular en la matrícula escolar del continente, acompañado lógicamente de una rápida diversificación en la composición social de los estudiantes, hasta entonces ellos conformaban, sin duda, un grupo reducido y privilegiado más que un movimiento social, lo que se hace aún más evidente, si se revisa atentamente la forma en que comúnmente han aparecido en la historia política del periodo.

De la historia política a la historia transnacional

La historia política tradicional ha dado cuenta de que los estudiantes, en tanto sector privilegiado de una clase media en ascenso, ocuparon un lugar de cierta importancia en el debilitamiento de los regímenes oligárquicos en el poder, al esgrimir en el cambio de siglo reivindicaciones de tipo político más que social, las cuales tenían que ver con su distinguido lugar en la sociedad, como por ejemplo el cogobierno universitario, la reforma de los planes de estudio y, sin duda, la autonomía universitaria, entre otras. Su aporte, no obstante, aparece circunscrito y en ocasiones diluido en los complejos procesos políticos, casi siempre del orden nacional, donde los protagonistas son principalmente personalidades políticas e intelectuales ya consolidadas y de sólida visibilidad, lo que se traduce en una referenciación frecuente pero episódica de la acción estudiantil.

Al respecto y a manera de ejemplos, en el caso colombiano, los estudiantes aparecen rápidamente mencionados como un importante grupo de presión en el desarrollo de los acontecimientos políticos que terminarían en la renuncia del general Rafael Reyes como presidente de la República en 1909 y, en el caso mexicano, son esporádicamente nombrados en los trabajos clásicos sobre la Re-

8. Mauricio Archila, “El movimiento estudiantil en Colombia, una mirada histórica”, *Observatorio Social de América Latina* 31 (2012): 73.

9. Romain Robinet, *La Revolución Mexicana. Una historia estudiantil* (México: Bonilla Artigas editores, 2023) 37.

10. Ernesto Quesada, *La Universidad y la patria* (Buenos Aires: L.J. Rosso y Cia, 1921) 18.

volución, teniendo singular relevancia la mención a la carta en la que algunos de ellos le solicitaron la renuncia a Porfirio Díaz, antes del triunfo de la Revolución maderista.¹¹

La particularidad de estas apariciones historiográficas se ve aderezada, además, por el registro poco crítico, en algunas de ellas, de los testimonios de sus propios protagonistas, los cuales, al ser recogidos en su madurez y al estar enunciados desde claras posiciones de poder, continuamente caen en la romantización de sus andanzas estudiantiles. Una característica que para el periodo que acá se estudia, es fácilmente rastreable en los primeros balances que se hicieron sobre la Reforma Universitaria a nivel continental, muchos de los cuales estuvieron escritos por algunos de principales promotores.

Empero, es preciso señalar que esta auto representación grandilocuente de sus años juveniles no sólo está presente en las añejas remembranzas de sus protagonistas; por el contrario, es una constante en todas las intervenciones públicas y privadas de los estudiantes de principios del siglo XX, cuyo elemento fundamental radicaba en considerarse, independientemente de su país de origen, como los legítimos herederos de los héroes de las independencias latinoamericanas, lectura posibilitada, ante todo, por el campo de disputa generacional desplegado a propósito de los festejos centenaristas, lo que a su vez facilitó la emergencia de un discurso político eminentemente estudiantil de alcance regional y con claras pretensiones anfictiónicas.

Fue precisamente la atención a esta retórica americanista, pero sobre todo al dinamismo de las prácticas políticas internacionales que la acompañaron, el motivo principal para que desde finales de la década de los años setenta, la historia de los estudiantes a nivel regional fuera sacada de los contenedores nacionales en los que la habían limitado las clásicas historias políticas, a través de la adopción de un enfoque metodológico que se centró en la reconstrucción de redes, privilegiando, como era de esperarse, la desplegada por la Reforma Universitaria de Córdoba,¹² logrando con él la revelación de los intensos intercambios epistolares y bibliográficos que esta promovió, así como de los múltiples viajes de sus protagonistas y de los congresos internacionales que se celebraron antes y después de ella, entre otras muchas dinámicas, configurándose así como uno de los enfoques más prolíficos

11. Para el caso colombiano véase: Medófilo Medina, *La protesta urbana en Colombia en el siglo XX* (Bogotá: Aurora, 1984) 19-32. Para el caso mexicano la bibliografía es extensa. Sin embargo, hay que señalar que los estudiantes tienen un lugar privilegiado, aunque ligado estrechamente a la historia institucional y política de la Universidad Nacional, en el ya clásico libro de Javier Gardiadiego, *Rudos contra científicos: la Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana* (México: El Colegio de México/UNAM, 1996). Sobre la carta en mención, véase: “Los estudiantes piden al gral. Díaz que renuncie [a] la presidencia de Méjico”, *El País* (México) abril 30 de 1911: 1.

12. El trabajo de Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la reforma universitaria (1918-1938)* (México: Siglo XXI, 1978), puede ser considerado el libro fundacional de este enfoque, junto con la publicación de una selección documental a cargo de Dardo Cúneo, véase: Dardo Cúneo, comp., *La reforma universitaria (1918-1930)* (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979).

en cuanto a producción académica y, quizá, el principal responsable de haber categorizado como movimiento a los primeros intentos de organización política estudiantil regional en el siglo XX. Con la falencia de que en su momento los hallazgos hechos no prestaron la atención suficiente a que fue la relación filial del reducido sector estudiantil con las emergentes clases medias, la que facilitó este tipo de intercambios internacionales, en especial porque dicha relación supuso un acceso privilegiado a recursos para su movilidad. En otras palabras, las redes de la Reforma Universitaria quedaron ampliamente identificadas, pero en un estado de suspensión en el espacio-tiempo, sin un anclaje concreto que las conectara a las intensas vicisitudes económicas, políticas y sociales del orden regional y mucho menos global.

A raíz de reparos similares, durante los últimos veinte años, el enfoque metodológico basado en la noción de red ha sido objeto de fuertes críticas, las cuales señalan que no obstante su utilidad en términos heurísticos para la investigación histórica, la noción misma carece de flexibilidad a nivel teórico, en tanto no hay acuerdos sobre qué constituye una red y qué la diferencia de una secuencia laxa de contactos, donde incluso los no integrantes, los excluidos, desempeñan un papel fundamental a tener en cuenta.¹³ Adicionalmente se ha señalado con insistencia en que este tipo de estudios no reflexionan suficientemente en que las redes no pueden ser entendidas al margen de relaciones de poder político y económico muchísimo más amplias, que las desbordan y condicionan.¹⁴ Al respecto, en 2007, Jean Paul Zuniga llamó fuertemente la atención sobre la necesidad de superar el uso de la categoría de red a través de su densificación.

Sabemos que una red no se agota en un conjunto de conexiones: las conexiones sólo constituyen la trama. Son un circuito, pero no su alimentación. Una trama no deviene en red salvo que haya circulación real. El tipo de transferencia, la frecuencia del vínculo determina lo que podríamos denominar su densidad. En el espacio de las conexiones posibles y reales, la calidad y la densidad de los vínculos que existen forman grumos, espacios de fuerte interconexión, que develan la existencia de espacios de negociación y de intercambio.¹⁵

Ahora bien, en lo que respecta a la historiografía sobre los estudiantes de principios del siglo pasado, este llamado ha sido atendido en los últimos años a través de la implementación de perspectivas como la historia comparada, la historia cruzada y más recientemente desde la historia transnacional.

Acerca de los dos primeros enfoques, los avances recogidos en los múltiples congresos, libros y dossiers publicados a propósito de los cien años de la Reforma universitaria de Córdoba han demostrado que el discurso reformista, aunque he-

13. Sebastian Conrad, *Historia Global. Una nueva visión para el mundo actual* (Barcelona: Crítica, 2017) 156-162.

14. Hugo Fazio Vengoa, *El mundo global: una historia* (Bogotá: Ediciones Uniandes, 2013) 103.

15. Jean-Paul Zúñiga, "L'Histoire impériale à l'heure de l'histoire globale. Une perspective atlantique" *Revue d'histoire moderne & contemporaine* 54 (2007): 65.

gemónico dentro de las organizaciones estudiantiles del continente, tuvo disimiles impactos y trayectorias nacionales que determinaron su duración y trascendencia, en especial, en la formación política e intelectual de sus dirigentes. De esta manera se ha logrado tener un claro panorama comparado y relacional de los itinerarios de la Reforma a lo largo y ancho continente;¹⁶ no obstante, dichos estudios al centrar su atención en las disimiles recepciones e implicaciones nacionales del manifiesto liminar, han perdido de vista la participación, tanto física como discursiva, de los estudiantes en fenómenos políticos latinoamericanos de mayor calado, los cuales, en el mejor de los casos, aparecen mencionados como una suerte de inerte escenografía contextual.

Así las cosas, la perspectiva transnacional viene desempeñando un rol fundamental en la resolución de estos dilemas,¹⁷ ya que ha posibilitado ubicar a los estudiantes como protagonistas, no sólo de sus respectivos procesos políticos nacionales, ni vinculados únicamente a los devenires del proyecto reformista en cada uno de sus países, sino también como participantes del complejo entramado de la alta política latinoamericana de principios de siglo donde, por ejemplo, la Revolución Mexicana representó un papel muy importante, puesto que movilizó una política latinoamericanista de fuerte acento antiimperialista y juvenilista, de la cual participaron activamente los estudiantes de varios países del continente desde mucho antes del grito de Córdoba.¹⁸

En este sentido, estudios recientes han demostrado que la juventud universitaria colombiana fue una de las principales implicadas en el proceso antes mencionado, a tal punto que hoy por hoy se puede afirmar, con evidencia suficiente, que el origen de la organización estudiantil de ese país sudamericano no está vinculado en absoluto a las vicisitudes continentales de la Reforma Universitaria de Córdoba, sino que estuvo estrechamente ligado al proyecto latinoamericanista de la Revolución Mexicana.¹⁹

Hacia una nueva categoría de análisis

Ahora bien, el uso de la perspectiva transnacional no sólo ha servido para densificar la historia de los estudiantes latinoamericanos de inicios del novecientos,

16. Véase, entre otros: Hugo Biagini, *La Reforma Universitaria y nuestra América. A cien años de la revuelta estudiantil que sacudió al continente* (Buenos Aires: Octubre-UMET, 2018); Facundo Di Vincenzo, Mara Espasande y Carlos Godoy, comps., *Una hora americana: la reforma universitaria desde el pensamiento nacional y latinoamericano* (Lanús: Editorial UNLa, 2019).

17. Pierre-Yves Saunier, *La historia transnacional* (Zaragoza: PUZ, 2013).

18. Pablo Yankelevich, *La Revolución Mexicana en América Latina. Intereses políticos e itinerarios intelectuales* (México: Instituto Mora, 2003); David Antonio Pulido García, “La Gran Guerra y la unidad latinoamericana en tiempos de la Revolución (México 1914-1916)” *Prismas, Revista de Historia Intelectual* 26 (2022).

19. David Antonio Pulido García, *Formar una nación de todas las hermanas. La joven intelectualidad colombiana frente al latinoamericanismo mexicano, 1916-1920* (Bogotá: Universidad del Rosario, 2022).

sino que también ha puesto de manifiesto la necesidad de encontrar una nueva categoría de análisis mucho más clara —en la medida de lo posible— para enfrentar su análisis, partiendo de que dichos estudios han dejado al descubierto que la vinculación de los estudiantes con los procesos políticos del orden continental que les eran contemporáneos, aunque muchas veces estuvieran soportadas por la discursividad grandilocuente de un movimiento, en la práctica se hizo a través de la promoción de personalidades específicas, estrechamente ligadas con ellos, quienes conformaron una suerte de cuerpo diplomático estudiantil a su disposición.

Sin duda esta particularidad ha sido ya advertida, aunque no suficientemente problematizada, en muchos de los trabajos de historia política, comparada y cruzada que se nombraron en párrafos anteriores y del mismo modo ha merecido rápidas menciones en reconocidos estudios de historia diplomática latinoamericana,²⁰ los cuales, intuitivamente, han alejado la figura del estudiante de la movilización social y la han acercado mucho más a los restringidos cenáculos del poder político. Un acercamiento que, analizado con detenimiento, no constituía en sí mismo algún tipo de estabilidad o de completa vinculación a ellos, sino que se caracterizaba por una gravitación fronteriza e inestable producto, ante todo, de su singularidad etaria. Es esta reflexión la que permite cuestionarse acerca de cuál sería el enfoque más adecuado para abordar el estudio de un sujeto histórico que, como se ha argumentado hasta el momento, se presenta demasiado privilegiado para ser considerado un movimiento social y a la vez demasiado joven para desempeñar, desde su singularidad, un papel protagónico en el cambio de las estructuras de poder.

Sin llegar a plantearse la cuestión en estos términos, dos tesis doctorales defendidas en 2015 han dado luces sobre su posible resolución. La primera de ellas escrita por la historiadora argentina Natalia Bustelo, reconstruye detalladamente la historia intelectual de la Reforma Universitaria entre 1914 y 1928. En ella los estudiantes aparecen como entusiastas participantes de los debates políticos e intelectuales más acuciantes de su época, movilizandando la opinión de sus pares a través de un amplio espectro de revistas y manifestaciones culturales que excedían su formación estrictamente profesional, y que rápidamente “modelaron al estudiante como un tipo de intelectual” capaz de inventar un “espacio” y “una figura” político-cultural específica.²¹

La segunda tesis doctoral, escrita por el historiador francés Romain Robinet, reconstruye el papel que desempeñaron los estudiantes durante la Revolución

20. Yankelevich, *Miradas australes. Propaganda, cabildeo y proyección de la Revolución Mexicana en el Río de la Plata, 1910-1930* (México: INEHRM/SRE, 1997); Yankelevich, “Una mirada argentina de la revolución mexicana. La gesta de Manuel Ugarte (1910-1917)”, *Historia Mexicana* 44.4 (1995).

21. Natalia Bustelo, “La reforma universitaria desde sus grupos y revistas: una reconstrucción de los proyectos y las disputas del movimiento estudiantil porteño de las primeras décadas del siglo XX (1914-1928)” (Tesis de posgrado, Universidad Nacional de La Plata, 2015) 53. Una versión revisada de esta tesis fue publicada como libro en 2021, véase: Bustelo, *Inventar a la juventud universitaria: una historia político-cultural del movimiento argentino de la Reforma Universitaria (1900-1930)* (Buenos Aires: Eudeba, 2021).

Mexicana. Lo hace implementando una audaz propuesta metodológica, ya que debido a que la presencia de publicaciones estrictamente estudiantiles fue en México mucho menos prolífica que en Argentina, Robinet optó por centrar su atención, no tanto en la formación intelectual de los jóvenes universitarios —a la que sin duda se refiere— como sí en la estrecha vinculación que ellos establecieron con el proyecto revolucionario a través de la configuración de una identidad política particular que les permitió diferenciarse y negociar con los distintos actores políticos y sociales en disputa desde 1910.²²

En este orden de ideas, Natalia Bustelo, al demostrar ampliamente las ventajas de abordar el estudio de los universitarios de principios del siglo XX con las herramientas propias de la historia intelectual y, Romain Robinet, al señalar cómo la emergencia de la identidad política estudiantil de este mismo periodo estuvo íntimamente ligada a los círculos más restringidos del poder político, han apuntado a los dos temas fundamentales que se deben tener en cuenta a la hora de proponer una nueva categoría de análisis para su historización.

En primer lugar, asumir al estudiante como un tipo particular de intelectual, debe tener en cuenta su caracterización etaria ya que, como se señaló en párrafos anteriores, esta característica ha sido la principal responsable de que su presencia se haya diluido tan fácilmente a la sombra los principales personajes y acontecimientos de la tradicional historia política e intelectual del periodo. Pero lo etario, no tanto en términos de un rango restringido de edad, lo que sin duda juega un papel fundamental, sino en términos conceptuales, es decir, en la apropiación estratégica y eminentemente política que dichos estudiantes hicieron del concepto juventud.

Como ha sido ampliamente documentado, fue en el romanticismo cuando el concepto de juventud empezó a ser cargado comúnmente de una “auténtica fuerza social”, destinada a acompañar una noción de progreso que se sustentaba en el culto a la ciencia y a la democracia.²³ Dicha tradición fue continuada, aunque rectificada en algunos de sus aspectos, por el modernismo latinoamericano finisecular, en cuyas manos tomó su forma más acabada. No obstante, en vísperas del centenario de las independencias y aun un poco después, este concepto seguía mostrándose un tanto inasible e indeterminado, incluso para sus propios cultores, quienes nunca lograron un acuerdo, ni con la marca etaria que separaba la juventud de la vejez, ni mucho menos con su caracterización social.²⁴

22. Romain Robinet, “L’esprit et la race. Le mouvement étudiant face à la Révolution mexicaine (1910-1945)” (Tesis de doctorado en Historia, Institut d’Études Politiques de Paris, 2015). Esta tesis fue recientemente publicada en español, véase nota 10.

23. Alfonso García Morales, *El Ateneo de México (1906-1914). Orígenes de la cultura mexicana contemporánea* (Sevilla: CSIC/Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1992) 120.

24. Véase la polémica suscitada entre José Enrique Rodó y Manuel Ugarte a propósito de la publicación, por parte de este último, del libro titulado *Antología de la joven literatura hispanoamericana* (París: Armand Colin, 1906), véase, además: Rodó, “Una nueva antología americana”, *Obras completas* (Madrid: Aguilar, 1967) 631-637 y Manuel Ugarte, “Respuesta al señor Rodó”, *Las nuevas tendencias literarias*, Manuel Ugarte (Valencia: Sempere y Compañía, 1909) 59-66.

Pese a ello, y a que para principios del siglo XX el modernismo en tanto tendencia intelectual se encontraba en declive, el concepto juventud había impregnado profundamente la sensibilidad de los intelectuales de la época,²⁵ siendo incluso usado en metáforas para ilustrar o tratar de explicar, tanto de manera negativa como positiva, los conflictivos procesos políticos y sociales de las jóvenes naciones del continente,²⁶ así como para referirse a la parte latina del mismo en defensa de su pretensión palingenésica bajo la denominación de una joven América.²⁷ Así pues, la evidencia de una sensibilidad intelectual y política soportada en el uso del concepto juventud y compartida por un amplio sector de clase media a principios del novecientos, es el primer ingrediente de la nueva categoría de análisis que acá se propone.²⁸

Ahora bien, es imprescindible señalar que fue gracias al importante aumento numérico del sector estudiantil latinoamericano de clase media registrado durante las dos primeras décadas del siglo XX, y a la emergencia de las nuevas prácticas de sociabilidad que éste generó —esa invención del espacio político-cultural que señala Natalia Bustelo— que el concepto juventud no naufragó en la indeterminación junto a los últimos estertores del modernismo. Por el contrario, su circulación a través de un público lector cada vez más amplio y con dinámicas sociales, políticas y culturales hasta ese momento inéditas, lo dotó de nuevos contenidos, a la vez que le proporcionó la caracterización social de la que había carecido hasta entonces. Así pues, los motivos que definieron a la juventud como concepto empezaron a ser rápidamente apropiados y reconocidos casi exclusivamente en la figura del estudiante y éste, de buen grado, los adoptó como su identidad política

25. Carlos Altamirano identificó esta sensibilidad bajo el término *arielismo*, al que definió como “cierta orientación del espíritu de esos años: una actitud, denominada también idealista, de descontento frente a la unilateralidad cientificista y utilitaria de la civilización moderna, la reivindicación de la identidad latina de la cultura de las sociedades hispanoamericanas, frente a la América Anglosajona”, véase: Carlos Altamirano, “Elites culturales en el siglo XX latinoamericano”, *Historia de los Intelectuales en América Latina*, ed. Carlos Altamirano (Buenos Aires: Katz, 2008) 10.

26. Ejemplos de ambas posiciones se encuentran en las diferentes respuestas que los intelectuales argentinos dieron al interrogante hecho por Juan Más y Pi en la revista *Nosotros*, con respecto a la posición que Argentina y América Latina debían asumir ante el inicio de la Gran Guerra. Véase: *Nosotros*, número 68 de diciembre de 1914 a número 73 de mayo de 1915.

27. En el prólogo del libro de Manuel Ugarte, *Crónicas del Bulevar* (París: Garnier Hermanos, 1903), Rubén Darío señalaría: “Nuestros países necesitan particularmente de estos abiertos y sanos talentos jóvenes. Nuestras repúblicas de la América del Sur acaban de ser señaladas al mundo desde la tribuna francesa [...] como futuras sostenedoras de la civilización latina”.

28. Para sustentar la determinación de concebir la palabra juventud como concepto se ha recurrido, no sólo a la evidencia empírica señalada, sino a la propuesta teórica de Reinhart Koselleck quien en uno de los textos fundacionales de la historia conceptual señala que “el concepto está unido a la palabra, pero al mismo tiempo es más que la palabra. Una palabra se convierte en concepto —según nuestro método— cuando el conjunto de un contexto de significados sociopolítico [*Bedeutungszusammenhang*] en el que, y para el que, se utiliza una palabra entra todo él a formar parte de esa palabra”, véase: Reinhart Koselleck, “Introducción al diccionario histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana”, *Anthropos* 223 (2009) 101.

debido, en gran parte, a la irresolución ideológica propia de su condición de clase.²⁹ En otras palabras, el estudiante de principios del novecientos, al carecer de elementos identitarios propios de una conciencia de clase, luchó por convertirse en la representación social exclusiva del concepto de juventud y al lograrlo la estableció como la parte central de su identidad política, posibilitando que en adelante, y por lo menos hasta mediados de los años cuarenta, el concepto juventud y la figura política del estudiante fueran indisociables una de otra, lo que representa el segundo ingrediente en la receta hacia una nueva categoría de análisis.

Inevitablemente, la emergencia de una nueva caracterización social del concepto juventud en la figura del estudiante, demandó de los jóvenes universitarios una estricta delimitación en términos generacionales, ante todo porque dicha demarcación fronteriza entre la juventud y la vejez nunca había encontrado una resolución concreta por parte del modernismo finisecular. Para lograr este fin los estudiantes de principios del novecientos, lejos de recurrir a complicadas disertaciones filosóficas o sociológicas para defender su particularidad generacional, movilizaron ideológicamente a su favor el imaginario independentista que justo durante las tres primeras décadas del siglo pasado tuvo un papel protagónico en la política de todo el continente, gracias a la celebración conjunta del centenario de las independencias latinoamericanas.

Así, para los estudiantes del todo el continente, los festejos centenaristas representaron un campo de disputa generacional donde a sus inmediatos antecesores se les acusó constantemente de haber traicionado los ideales de los héroes patrios, al mismo tiempo que se auto representaban como sus legítimos sucesores, en un doble movimiento en el que al mismo tiempo que rechazaban generacionalmente a sus padres se hacían continuadores del legado ideológico de sus abuelos, de allí que indefectiblemente su país de origen, los estudiantes de principios del novecientos se reconocieran como los llamados a hacer realidad los ideales emancipadores y latinoamericanitas supuestamente defraudados por la generación que les precedió: “el amor a la patria que sintieron los viejos insurgentes, ya no es sentido por los hombres de hoy, que impasibles ante la injusticia y cobardes ante las fustigaciones doblan ante el poderoso que los humilla la espina dorsal de los esclavos”, dirían, por ejemplo, los estudiantes mexicanos en 1910.³⁰

En términos políticos, la lectura y disputa generacional sobre las efemérides independentistas fundamentó, en primer lugar, la emergencia de un programa político conjunto de largo aliento propio de los estudiantes. En segundo lugar, abrió la puerta para que aquellos jóvenes de clase media que por diversas razones se encontraban fuera de las aulas universitarias pudieran seguir vinculados e incluso dirigir el proyecto estudiantil —como fue el caso en su momento del joven colombiano Germán Arciniegas, renuente a la ortodoxia institucional universita-

29. Carlota Solé, “Las clases medias, criterios de definición”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 49 (1990): 7-25.

30. “Apertura del Congreso Nacional de Estudiantes en Minería”, *El País* (México), septiembre 7 de 1910: 2.

ria, o del argentino Deodoro Roca, quien ya se había recibido como abogado al momento de redactar el manifiesto liminar— y, lo que es no menos importante, sustentó la inspiración civilista y ante todo intelectual del accionar político estudiantil.

Sí, los jóvenes intelectuales de América deben mirar antes que nada a los creadores de pueblos, a los fundadores de nacionalidades, a los que tuvieron fuerza para sacudir el sopor centenario, a los videntes, a los profetas, a los rudos pastores de las horas primeras, a Washington, a Bolívar, a San Martín, a Miranda, a Artigas, a Nariño, a Andrade, a O'Higgins, a Juárez, a Sucre.³¹

En resumen, esta férrea identificación generacional, que para efectos del presente artículo es el tercer ingrediente de una nueva categoría de análisis, posibilitó la emergencia de un proyecto político propio de índole etario de largo aliento, que colmó y rebasó la figura social del estudiante, legitimándose en un discurso que resaltaba, ante todo, su vocación intelectual en tanto sector ilustrado —aunque todavía en formación debido a su edad— de la ascendente clase media latinoamericana.

Así pues, a principios del siglo pasado, la presencia de una sensibilidad juvenilista compartida por un amplio sector político e intelectual de las clases medias latinoamericanas, junto a la completa apropiación del concepto juventud por parte de la figura del estudiante y a la férrea identificación generacional de su proyecto político, representan tres de las características identitarias fundamentales para comprender la acción política estudiantil, con miras a establecer una nueva categoría para su análisis. Empero, aún es necesario indagar sobre la forma en que dicha identidad interactuó con los centros del poder político, entendiendo que los términos específicos de esta relación son el cuarto y último ingrediente de la categoría que acá se propone.

En este punto, el trabajo antes mencionado de Romain Robinet, ha sido fundamental para comprender la forma en que el sector estudiantil mexicano, al mismo tiempo que se esforzaba por concretar una identidad política propia, interactuaba con los gobiernos de turno desde una posición, si bien no periférica, puesto que eran los hijos de la clase media en el poder, sí particularmente inestable y gravitatoria a su alrededor, generada ante todo por su condición juvenil. Para efectos del presente artículo el caso mexicano se presenta como el ejemplo más acabado de este tipo de relación ya que la Revolución, entendida como el proceso político más convulso de toda América Latina a principios del siglo pasado, entrega los elementos más claros para evidenciarla.

Por esta razón, una vez salvadas las distancias espaciales, pero sobre todo comprendiendo las diferentes intensidades de los procesos políticos internos de cada uno de los países de la región, es posible aislar las características fundamentales del

31. "Relación oficial del Primer Congreso Internacional de Estudiantes Americanos celebrado en Montevideo de 26 de enero a 2 de febrero de 1908", *Evolución* (Montevideo) marzo-junio de 1908: 128.

proceso estudiantil mexicano y hacerlas extensivas al resto de sus pares del continente, para a partir allí desentrañar las regularidades necesarias que sustentan la propuesta analítica que acá se persigue.

Para empezar, es necesario remarcar sobre la impronta civilista y ante todo intelectual que los estudiantes le adjudicaron a su identidad política desde la primera hora del siglo XX. Dicha marca de nacimiento se legitimó, incontestablemente, porque fue la universidad su lugar de enunciación por excelencia, tanto física como simbólicamente. De tal suerte que desde su origen la identidad estudiantil estuvo circunscrita a lo que Pierre Bourdieu denomina el campo intelectual. Un campo en cuyo interior, según el mismo autor, los intelectuales se diferencian de acuerdo con su posición frente al poder, de tal forma que se pueden dividir en intelectuales dominantes y aspirantes o entre establecidos y recién llegados, señalando además que dicha posición depende del prestigio, la autoridad, el reconocimiento social y, principalmente, del capital intelectual que detenten y de la identificación de este con la cultura legítima.³²

De acuerdo con esta clasificación, es evidente que los estudiantes latinoamericanos de principios del siglo pasado se encontraban en una franca condición de subalternidad al interior del campo intelectual —pues no podría adjudicárseles ni siquiera el rol de intelectuales aspirantes— aunque su completa identificación con la cultura legítima de una clase media en ascenso sí les permitiera seguir siendo parte de él.

Consecuentemente, esta condición de subalternidad determinó también su relación con respecto del poder político, la cual se estableció en términos inestables, pues llevaba implícita cierta dosis de desconfianza sobre la madurez de la condición juvenil,³³ y gravitatorios ya que el capital intelectual y político que detentaban, pese a estar en rápido aumento, sólo representaba un modesto caudal al cual recurrían los contendientes consolidados en las disputas por el poder en coyunturas específicas.³⁴

Ahora bien, un rápido examen a la documentación pública y privada dejada por los estudiantes en mención, dan cuenta de que comprendían a cabalidad el lugar que les era asignado, tanto política como intelectualmente, y que lejos de constituir una limitación, supieron sacar provecho de él a través de una intensa y premeditada negociación con el poder. En este sentido se evidencia cómo las

32. Pierre Bourdieu, *Intelectuales, política y poder* (Buenos Aires: Eudeba, 1999).

33. José Vasconcelos se refirió a la acción política estudiantil de 1912 en los siguientes términos: “Los estudiantes, equivocados, se hacían instrumento de los enemigos del nuevo régimen o del sentir de sus familiares heridos en algún interés personal, o simplemente resultaban un reflejo de la pasión acumulada en el ambiente del momento”. José Vasconcelos, *Ulises criollo* (México: Ediciones Botas, 1935) 470.

34. En el caso mexicano, durante el constitucionalismo a los estudiantes se les adjudicó la organización de eventos para agasajar a las legaciones de los países latinos del continente con ocasión de sus fiestas patrias, véase, por ejemplo: Jorge Prieto Laurens, “El CXVI aniversario de la independencia argentina”, *Acción Mundial* (México) mayo 25 de 1916: 1-2; “Confraternidad americana, los festejos de mañana”, *Acción Mundial* (México) julio 8 de 1916: 1.

iconoclastas disputas generacionales en torno al legado independentista que ya se han señalado, siempre estuvieron matizadas por discursos y prácticas de conciliación que implicaban el reconocimiento de su condición juvenil, inacabada y aún en formación. Un artículo, sugerentemente titulado “Cordialidad”, escrito por Germán Arciniegas a sus diecisiete años, así lo ilustra.

No queremos que haya ideas de anarquismo y de conquista entre los estudiantes: vamos únicamente a predicar la justicia y la independencia entre ellos, derecho que nadie nos niega y a cuya conquista no creo que nadie se oponga, porque nuestros abuelos, padres de nuestros maestros, lucharon por alcanzarlas, y muchos perdieron su vida por ellas, y por ellas un continente joven tiñó su manto de púrpura sangrienta [...] Estamos íntimamente convencidos de la necesidad de una sincera cordialidad entre maestros y discípulos, y de acuerdo con este principio marchamos a la conquista del porvenir.³⁵

El uso político de su condición juvenil, inacabada y en formación resulta de trascendental importancia para el tema que acá se desarrolla, en la medida en que, a partir de ella, los estudiantes latinoamericanos establecieron un discurso en donde el valor de su capital intelectual, político e incluso histórico, no se aquilataba tanto en el orden de la experiencia concreta, como sí en el de la expectativa propia del concepto juventud, llegando así a la autorrepresentación ampliamente divulgada y comúnmente aceptada de *Jóvenes Intelectuales*. Autorrepresentación que en definitiva es de donde la categoría de análisis acá propuesta toma su nombre.

En conclusión, la rápida mutación que la categoría social de estudiante experimentó en Latinoamérica durante las tres primeras décadas del siglo pasado, en que su significativo decimonónico, singular y elitista se pluralizó ostensiblemente, sin llegar aún al nivel de un movimiento social, implica reconocer que en su interior surgió una capa diferenciada encargada de producir representaciones sociales específicamente relacionadas con los interrogantes, intereses políticos y sensibilidades identitarias, producto de dicha pluralización. De tal suerte que la transformación social y semántica del estudiante generó las condiciones de emergencia de un tipo particular de intelectual consciente de su lugar subalterno, inestable y gravitatorio con respecto del poder, al que en continuadas ocasiones las fuentes de la época se refirieron como joven intelectual.

Así las cosas, asumir al estudiante como un tipo de intelectual signado por su condición juvenil, implica ubicarlo de una manera diferenciada en la encrucijada de su tiempo, es decir, reconocer en él una particular tensión histórica entre lo que es (su contexto) y lo que todavía no es (sus ideas en formación). Un reconocimiento que, siguiendo a Reinhart Koselleck, sitúa al estudiante latinoamericano de principios del siglo XX en un interesante y privilegiado lugar, en donde confluyen su espacio de experiencia y su horizonte de expectativa.³⁶

35. Germán Arciniegas, “Cordialidad”, *Voz de la juventud* (Colombia) junio 16 de 1917: 1.

36. Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (Barcelona: Paidós,

Esta ubicación que es al mismo tiempo intelectual, política e histórica resulta fundamental —y de allí la necesidad de haberla analizado detalladamente a lo largo de este párrafo— porque posibilita el planteamiento de los términos para una historia global de los estudiantes latinoamericanos a inicios del siglo XX, máxime cuando su formación coincidió con en el acontecimiento global más trascendental en aquel entonces: la Primera Guerra Mundial.³⁷

Por una historia global

Como se ha sostenido hasta ahora, en América Latina a principios del novecientos, pocos conceptos se encontraban en una tensión tan particular entre la experiencia y la expectativa como el de juventud. Dicho concepto fue apropiado por el sector estudiantil de toda la región como su identidad política y desde él establecieron, en cada uno de sus países, una intensa negociación con el poder local. En este sentido es fácil afirmar —y muchos de los estudios tradicionales sobre los estudiantes intuitivamente han dado cuenta de ello— que parte de esa negociación se jugó en la posición que tomó el sector estudiantil ante acontecimientos políticos, sociales y económicos muy puntuales del orden nacional e incluso regional.

No obstante, en la historiografía estudiantil de corte tradicional que privilegia el análisis del accionar político conjunto por sobre la formación intelectual, es decir que metodológicamente abordan el tema desde el paradigma del movimiento social y no desde la historia intelectual, acontecimientos de más amplia envergadura se pierden en el orden de lo contextual, siendo el principal de ellos la Gran Guerra.

Por ende, en este párrafo se defenderá, en primer lugar, la tesis de que la Gran Guerra, en tanto acontecimiento global, no pudo haber sido un suceso simplemente contextual en la formación de los jóvenes intelectuales latinoamericanos y, en segundo lugar, que es en la Gran Guerra donde se encuentran las claves definitivas para explicar el éxito del accionar político e intelectual conjunto de los jóvenes intelectuales latinoamericanos experimentado hasta bien adelantados los años treinta.

Ahora bien, la afirmación de que la mayoría de los estudios especializados en las empresas estudiantiles de principios del siglo XX han relegado al plano de lo contextual el fenómeno de la Gran Guerra y que, del mismo modo, los trabajos más recientes sobre el impacto de la contienda europea en América Latina han descuidado una lectura acerca de cómo ésta pudo haber influido en los estudiantes

1993) 333-359.

37. Sobre aspectos teórico-metodológicos de historia global véase, además de las citas 14, 15 y 16: Antony G. Hopkins, *Global History. Interactions between the Universal and the Local* (Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2006); Pamela Crossley, *What is Global History?* (Cambridge: Polity Press, 2008); Diego Olstein, *Thinking History Globally* (Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2014); Sanjay Subrahmanyam, *Mondi connessi. La storia oltre l'eurocentrismo (secoli XVI-XVIII)* (Bari: Carocci Editore, 2014).

de la región, se hizo evidente en 2018, año en el que se conmemoraron los primeros 100 años del grito de Córdoba y el centenario del fin de la Gran Guerra.

En dichas conmemoraciones no hubo una mayor reflexión cruzada sobre ambos acontecimientos, lo que se vio reflejado en que los diversos escenarios académicos que se abrieron para el debate de uno y otro tema, especialmente en los países del Cono Sur, se desarrollaran de manera totalmente paralela e independiente y que asimismo, en las publicaciones que surgieron de dichos eventos académicos, las implicaciones de la Gran Guerra en América Latina y la actividad estudiantil que acá se estudia, siguieron teniendo una carácter contextual o episódico según fuera el caso.

Sin duda, son dos las razones principales que explican por qué la guerra europea no ha jugado un papel importante en la reflexión de la historia estudiantil de principios del novecientos. En primer lugar, se encuentra el uso tradicional de la categoría movimiento social para abordar el análisis histórico de los estudiantes durante esta época.

Como es bien sabido, el inicio de la Gran Guerra supuso la suspensión indefinida de los congresos internacionales de estudiantes americanos que para entonces ya contaban con tres versiones celebradas en Montevideo (1908), Buenos Aires (1910) y Lima (1912). Estos tres congresos, por su carácter internacional, por el aumento sostenido en el número de sus participantes y por la amplitud de su propaganda y registro, han merecido singular atención por parte de los estudiosos del movimiento estudiantil latinoamericano, quien han encontrado en ellos los antecedentes directos del despliegue regional de la Reforma Universitaria que se dio a partir de 1918. No obstante, es necesario volver a señalar que hasta 1912, fecha del último congreso realizado, los estudiantes, aunque en aumento, seguían siendo un sector minoritario de la clase media y que esta posición les brindaba no sólo el acceso a recursos para su movilidad, sino también para la amplia promoción y registro impreso de sus actividades, lo que las envestía de una equívoca imagen de masividad.

Es así como, los estudios sobre el movimiento estudiantil, al carecer de evidencia empírica y de fuentes documentales que sustenten la presencia de una dinámica organizativa de carácter internacional en el periodo 1912-1918, se han visto imposibilitados de dar cuenta acerca del devenir de los estudiantes latinoamericanos durante la conmoción bélica y global más importante de su época. Un gran vacío, máxime cuando la debacle europea reformuló drásticamente la modernidad occidental y resulta poco creíble que un sector tan dinámico hasta antes del inicio de los combates, como lo era el estudiantil, hubiese quedado en silencio durante esos cuatro años, los cuales, desde su momento, fueron comprendidos como cruciales para la historia occidental.

La segunda razón que explica el tratamiento contextual de la Gran Guerra en los estudios del movimiento estudiantil latinoamericano radica en el incontestable lugar fundacional en el que estos han ubicado a la Reforma Universitaria de Córdoba. Un lugar que, aunque no es malintencionado, sí presupone un silencio y

hasta una desmovilización estudiantil generalizada antes de la publicación del manifiesto liminar, lo que se traduce, primeramente, en el establecimiento por parte de los investigadores de continuidades programáticas poco reflexivas entre éste y los congresos internacionales antes mencionados y, en segundo lugar, en la presuposición de que fuera de Argentina los estudiantes reprodujeron, desde una expectante pasividad, el credo reformista. Lecturas ambas que dejan al acontecimiento bélico, político, económico y social más importante de occidente en los primeros veinte años del siglo XX, un paso antes, en la trastienda, como parte de la escenografía que vio surgir el movimiento de Reforma Universitaria a escala regional, pero que no tuvo una importancia de primer orden en su génesis o desarrollo.

Es a partir de estas reflexiones que la categoría jóvenes intelectuales se presenta como la más adecuada para interrogar con éxito al aparente mutismo en el que los cañones europeos sumieron a los estudiantes latinoamericanos. Efectivamente, la cancelación —a causa del inicio de la Gran Guerra— del IV Congreso Internacional de Estudiantes Americanos a realizarse en Santiago de Chile en 1914, supuso un alto en la organización estudiantil a nivel regional, lo que no significa que los universitarios del continente regresaron tranquilamente a las aulas escolares de sus respectivos países a la espera de vientos más favorables para continuar. Por el contrario, la conmoción política, económica y social que con diferentes grados de intensidad vivieron todos los países de la región a causa del estallido y continuación de la guerra en europea, delimitó el campo de acción sobre el cual estos jóvenes intelectuales interactuaron con sus respectivos gobiernos y generaron las condiciones de posibilidad locales, regionales y globales para que una vez terminada la Gran Guerra fuera viable y exitoso un proyecto continental como el de la Reforma Universitaria. Sin embargo, para llegar a este punto, es necesario plantear una reflexión previa.

Las más recientes investigaciones sobre el impacto de la Gran Guerra en América Latina han señalado que, aunque económica y políticamente representó un momento de serias dificultades para los gobiernos en turno, en el campo intelectual y cultural generó una interesante agitación que en muchos países de la región se tradujo en intensas disputas ideológicas que dinamizaron al tiempo que polarizaron, tanto a los intelectuales como a la opinión pública en general.³⁸

No obstante, con toda la razón que encierran dichas afirmaciones, estos estudios parten de suponer que las noticias sobre la guerra en Europa llegaron a un campo intelectual más bien pasivo, que reprodujo casi de inmediato las principales líneas discursivas de los contendientes en el viejo continente,³⁹ lo que en

38. Véase nota al pie 1.

39. María Inés Tato, señala, al referirse a la encuesta hecha por la revista *Nosotros* (véase nota al pie 27) que “la mayoría de los intelectuales entrevistados retomó la interpretación del conflicto que conformaba el núcleo de la propaganda de la Triple Entente”, Tato 97; consistente, según Olivier Compagnon, en asumir como cierta la máxima acuñada por Henri Bergson de que “la lucha emprendida contra Alemania es [era] una lucha de la civilización contra la barbarie”, palabras que, de acuerdo con sus investigaciones, habían sido fácilmente asimiladas por los letrados aus-

consecuencia desestima la importancia del entramado ideológico, propiamente latinoamericano, en el que estaban inmersos los intelectuales de la región, incluidos los estudiantes, para 1914. Como se ha dicho anteriormente, la sensibilidad del modernismo latinoamericano se había consolidado como la dominante en la región para inicios del siglo XX. Por ello no resulta un despropósito afirmar que fue esta endémica corriente intelectual, impregnada de juvenilismo, la herramienta fundamental con la que los intelectuales de la región leyeron el advenimiento de la Gran Guerra.⁴⁰

Así pues, independientemente de sus afectos belicistas, todos los intelectuales latinoamericanos encontraron la oportunidad de reivindicar a la joven América como el baluarte de la civilización occidental, desde una palpable prospectiva palingenésica, potenciada por la magnitud de la debacle europea, y ya no sólo desde una retórica idealista de la que incluso, en su momento, participaron los jóvenes intelectuales de la región, como quedó registrado en 1908, mucho antes de la Gran Guerra.

Sí; la juventud intelectual de esta tierra sueña con la hegemonía universal de América, y labora para acercarse a ella. Tiene el orgullo de la vieja raza latina, tiene también el plasma de ella; pero no tiene su senectud: es joven y es sana. Y bien: América es un troquel propicio a la palingenesis de las razas: Sobre ella, vuestra patria ha rejuvenecido glorioso el genio sajón; sobre ella también las nuestras salvarán el porvenir del genio latino.⁴¹

Una lectura que los estudiantes de todos los países de la región, quienes se habían apropiado del concepto juventud, estaban mejor que nadie en capacidad de aquilatar políticamente, sin importar su número o nivel de organización local para cuando estalló la Gran Guerra, pues al quedar cerrada por el momento la consolidación de un movimiento estudiantil continental, el campo de la negociación política quedó abierto para ser interpelado por ellos, en su calidad de jóvenes intelectuales, en los términos que se señalaron en el párrafo anterior, con la característica de que dicha interpelación, aunque se dio desde las particularidades nacionales de cada país, movilizó imaginarios y discursos que apelaban, no sólo a lo continental, sino también a la intensidad del trance global por el que atravesaban.

trales debido al “amor incondicional por Francia que la guerra europea brind[ó] la ocasión de proclamar con solemnidad”, Compagnon 86.

40. Evidencias de esta lectura se pueden encontrar, no sólo en la encuesta ya nombrada de la revista *Nosotros*, sino en varias encuestas que con el mismo motivo desplegaron los principales diarios mexicanos en 1917, véase: “Conviene a los intereses de México romper sus relaciones con Alemania”, *El Universal* (México) junio 20 de 1917; “Conviene a los intereses de la República conservar la más estricta neutralidad en el conflicto europeo”, *El Demócrata* (México) junio 21 de 1917; “Conviene a los intereses de México la Neutralidad”, *Excelsior* (México) junio 21 de 1917.

41. “Relación oficial” 339.

Así pues, la participación de los estudiantes —entendidos como jóvenes intelectuales— en los debates ideológicos animados por la Gran Guerra en todos y cada uno de los países del continente, posibilitó un aumento considerable de su capital político a través de alianzas con diversos sectores del poder, los cuales, durante el trascurso de la guerra, se dieron cuenta de su capacidad de movilizar ideológica y socialmente, no sólo a sus compañeros de aula, sino también a un considerable sector de la emergente clase media urbana, lo que los convirtió rápidamente en un actor político a tener en cuenta en las luchas políticas internas de cada país. Al respecto, aunque existen ejemplos en cada uno de los países de la región, el más acabado de ellos es precisamente el caso argentino.

Estudios recientes han demostrado que el papel directriz de los estudiantes argentinos en muchos de los comités de solidaridad aliadófila que se organizaron por todo el país, representa un factor fundamental para explicar la rapidez de su movilización local y el éxito de su posterior articulación nacional bajo el nombre de Comité Nacional de la Juventud. Este comité, cuyo nombre delata su impronta juvenilista, no sólo se encargó de coordinar los entusiasmos populares pro aliados, sino que también fungió como enlace y campo de negociación entre los jóvenes universitarios y lo más selecto de la intelectualidad argentina aliadófila, a tal punto que de dicha negociación —establecida en los términos anotados en el parágrafo anterior— resultó la convocatoria y realización de la muestra más importante de poder político aliadófilo y anti yrigoyenista conocida como la Convención Patriótica.⁴²

En este orden de ideas, la celebración de la Convención Patriótica se presenta como la prueba empírica que valida los planteamientos teórico-metodológicos hasta aquí defendidos, en tanto que una detenida mirada sobre sus participantes, los temas que en ella se trataron y la forma en que se hizo, la sitúa como el corolario de la composición de unas condiciones de posibilidad específicas, para que una vez terminada la guerra, las fuerzas políticas desembocadas por la militancia aliadófila, no perdieran su impulso y encontraran una fácil decantación y hasta un tránsito orgánico desde ese 28 de noviembre de 1917 hasta la promulgación del manifiesto liminar.⁴³

Ahora bien, del mismo modo en que la Gran Guerra propició el desarrollo de similares procesos político-estudiantiles como el argentino en todos y cada uno de los países de América Latina, también posibilitó una homogénea resignificación

42. David Antonio Pulido García “Los movimientos estudiantiles ante la Primera Guerra Mundial (México y Argentina, 1908-1918)” (Tesis de Doctorado en Estudios Latinoamericanos, UNAM, 2021).

43. En la lista parcial de los intelectuales y políticos asistentes a la Convención se pueden distinguir figuras de gran relevancia las cuales, meses después, se mostrarán como entusiastas defensores y hasta propagandistas de la Reforma Universitaria: Joaquín V. González, Rodolfo Rivarola, Ezequiel Ramos, Leopoldo Lugones, Eduardo Holmberg, Francisco Oliver, Alfredo Palacios, Antonio Dellepiane, Nicolás Besio Moreno, Rodolfo Senet y Ricardo Rojas. “La convención patriótica”, *La Nación* (Argentina) noviembre 27 de 1917: 9; “El acto de hoy en el victoria”, *La Nación* (Argentina) noviembre 28 de 1917:10.

continental del discurso modernista del que ellos habían tomado el concepto juventud. Esta operación que sólo es posible de identificar al comprender a los estudiantes como jóvenes intelectuales, se llevó a cabo en la medida en que avanzaban los combates en Europa y el marco interpretativo del modernismo se mostraba insuficiente para comprender la magnitud de sus implicaciones.

Conclusión

Fue así como a través de la experiencia europea los estudiantes latinoamericanos, independientemente de su país de origen, dotaron al concepto de juventud de dos elementos claves que se encuentran en la raíz misma de las condiciones de posibilidad necesarias para el éxito de un proyecto como el de la Reforma Universitaria. Estos dos elementos fueron, en primer lugar, el pacifismo, producto de una fuerte condena al militarismo, entendido este como una de las causas primarias de la guerra y, en segundo lugar, el internacionalismo, surgido a raíz de una crítica al nacionalismo agresivo que, según ellos, habían empujado las a las potencias europeas a la barbarie. Dos elementos que resignificaron desde la experiencia global a otros dos que se encontraban presentes en la cultura política estudiantil del continente, como lo fueron el civilismo y el latinoamericanismo centenarista, de los que se dieron cuenta en páginas anteriores.

Finalmente, en correspondencia con lo anterior, el uso combinado de una nueva categoría de análisis y de una perspectiva global corrige un error generalizado en todos los estudios de historia del movimiento estudiantil del periodo, los cuales señalan que es exclusivamente en el arielismo donde se encuentran las raíces ideológicas de los estudiantes latinoamericanos de principios del siglo XX, trazando equívocas continuidades programáticas entre las empresas estudiantiles adelantadas antes 1912 y la Reforma Universitaria iniciada en 1918, omitiendo, como se señaló en su momento, el trascendental papel que desempeñó la Gran Guerra en la reformulación de la modernidad occidental.

Fuentes

Periódicos y revistas

- Acción Mundial* (México) 1916.
- El Demócrata* (México) 1917.
- El País* (México) 1910-1911.
- El Universal* (México) 1917.
- Evolución* (Uruguay) 1908.
- Excelsior* (México) 1917.
- La Nación* (Argentina) 1917.
- Nosotros* (Argentina) 1914-1915.
- Voz de la juventud* (Colombia) 1917.

Bibliografía

- Altamirano, Carlos. “Elites culturales en el siglo XX latinoamericano”, *Historia de los Intelectuales en América Latina*, ed. Carlos Altamirano. Buenos Aires: Katz, 2008.
- Archila, Mauricio. “El movimiento estudiantil en Colombia, una mirada histórica”. *Observatorio Social de América Latina* 31 (2012): 73.
- Archila, Mauricio. “Historiografía sobre los movimientos sociales en Colombia. Siglo XX”, *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, ed. Bernardo Tovar Zambrano. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1994.
- Biagini, Hugo. *La Reforma Universitaria y nuestra América. A cien años de la revuelta estudiantil que sacudió al continente*. Buenos Aires: Octubre-UMET, 2018.
- Bourdieu, Pierre. *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba, 1999.
- Bustelo, Natalia. “La reforma universitaria desde sus grupos y revistas: una reconstrucción de los proyectos y las disputas del movimiento estudiantil porteño de las primeras décadas del siglo XX (1914-1928)”. Tesis de posgrado, Universidad Nacional de La Plata, 2015.
- Bustelo, Natalia. *Inventar a la juventud universitaria: una historia político-cultural del movimiento argentino de la Reforma Universitaria (1900-1930)*. Buenos Aires: Eudeba, 2021.
- Compagnon, Olivier. *América Latina y la Gran Guerra. El adiós a Europa (Argentina y Brasil 1914-1939)*. Buenos Aires: Crítica, 2014.
- Conrad, Sebastian. *Historia Global. Una nueva visión para el mundo actual*. Barcelona: Crítica, 2017.
- Crossley, Pamela. *What is Global History?* Cambridge: Polity Press, 2008.
- Cúneo, Dardo, comp. *La reforma universitaria (1918-1930)*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979.
- Di Vincenzo, Facundo, Mara Espasande y Carlos Godoy (compiladores), *Una hora americana: la reforma universitaria desde el pensamiento nacional y latinoamericano*. Lanús: Editorial UNLa, 2019.
- Fazio Vengoa, Hugo. *El mundo global: una historia*. Bogotá: Ediciones Uniandes, 2013.
- García Morales, Alfonso. *El Ateneo de México (1906-1914). Orígenes de la cultura mexicana contemporánea*. Sevilla: PEEHS, 1992.
- Garciadiego, Javier. *Rudos contra científicos: la Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*. México: COLMEX/UNAM, 1996.
- Hopkins, Antony G. *Global History. Interactions between the Universal and the Local*. Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2006.
- Koselleck, Reinhart. “Introducción al diccionario histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana”. *Anthropos* 223 (2009): 101.
- Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós, 1993.

- Marsiske, Renate, coord. *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, T. I-V. México, D.F.: UNAM/CESU/Plaza y Valdés, 1999.
- Marsiske, Renate. “Clases medias, universidades y movimientos estudiantiles en América Latina”, *¡A estudiar, A luchar!*. coords. Álvaro Acevedo Tarrazona, Sergio Arturo Sánchez Parra, Gabriel David Samacá Alonso. México: UAS, 2014.
- Medina, Medófilo. *La protesta urbana en Colombia en el siglo XX*. Bogotá: Aurora, 1984.
- Olstein, Diego. *Thinking History Globally*. Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2014.
- Portantiero, Juan Carlos. *Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la reforma universitaria (1918-1938)*. México: Siglo XXI, 1978.
- Pulido García, David Antonio. “La Gran Guerra y la unidad latinoamericana en tiempos de la Revolución (México 1914-1916)”. *Prismas, Revista de Historia Intelectual* 26 (2022).
- Pulido García, David Antonio. “Las revistas estudiantiles latinoamericanas y la Gran Guerra”, *Historia y Guerra* 3 (2023).
- Pulido García, David Antonio. “Los movimientos estudiantiles ante la Primera Guerra Mundial (México y Argentina, 1908-1918)”. Tesis de Doctorado en Estudios Latinoamericanos, UNAM, 2021.
- Pulido García, David Antonio. *Formar una nación de todas las hermanas. La joven intelectualidad colombiana frente al latinoamericanismo mexicano, 1916-1920*. Bogotá: Universidad del Rosario, 2022.
- Quesada, Ernesto. *La Universidad y la patria*. Buenos Aires: L.J. Rosso y cia, 1921.
- Rinke, Stefan. *América Latina y la Primera Guerra Mundial. Una historia global*. México: FCE, 2019.
- Robinet, Romain. “Sympathy for the Kaiser: Students Facing the Great War in Revolutionary Mexico”. *Journal of Iberian and Latin American Research* 23 (2017).
- Robinet, Romain. *La Revolución Mexicana. Una historia estudiantil*. México: Bonilla Artigas editores, 2023.
- Rodó, José Enrique. “Una nueva antología americana”, *Obras completas*. José Enrique Rodó. Madrid: Aguilar, 1967.
- Romain, Robinet. “L’esprit et la race. Le mouvement étudiant face à la Révolution mexicaine (1910-1945)”. Tesis de doctorado en Historia, Institut d’Études Politiques de Paris, 2015.
- Saunier, Pierre-Yves. *La historia transnacional*. Zaragoza: PUZ, 2013.
- Solé, Carlota. “Las clases medias, criterios de definición”. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 49 (1990): 7-25.
- Subrahmanyam, Sanjay. *Mondi connessi. La storia oltre l’eurocentrismo (secoli XVI-XVIII)*. Bari: Carocci Editore, 2014.
- Tato, María Inés. *La trinchera austral. La sociedad argentina ante la Primera Guerra Mundial*. Rosario: Prohistoria, 2017.

- Ugarte, Manuel. “Respuesta al señor Rodó”, *Las nuevas tendencias literarias*. Manuel Ugarte. Valencia: Sempere y compañía, 1909.
- Ugarte, Manuel. *Antología de la joven literatura hispanoamericana*. París: Armand Colin, 1906.
- Ugarte, Manuel. *Crónicas del Bulevar*. París: Garnier Hermanos, 1903.
- Van Aken, Mark. *Los militantes*. Montevideo: FCU, 1990.
- Vasconcelos, José. *Ulises criollo*. México: Ediciones Botas, 1935.
- Vera de Flachs, María Cristina. “Un precedente de la reforma del 18: el I Congreso Internacional de Estudiantes Americanos. Montevideo 1908”. *Movimientos Estudiantiles en América y Europa*, V. II, ed. María Cristina Vera de Flachs. Córdoba: JPHC, 2006.
- Yankelevich, Pablo. “Una mirada argentina de la revolución mexicana. La gesta de Manuel Ugarte (1910-1917). *Historia Mexicana* 44.4 (1995).
- Yankelevich, Pablo. *La Revolución Mexicana en América Latina. Intereses políticos e itinerarios intelectuales*. México: Instituto Mora, 2003.
- Yankelevich, Pablo. *Miradas australes. Propaganda, cabildeo y proyección de la Revolución Mexicana en el Río de la Plata, 1910-1930*. México: INEHRM/SRE, 1997.
- Zúñiga, Jean-Paul. “L’Histoire impériale à l’heure de l’histoire globale. Une perspective atlantique”. *Revue d’histoire moderne & contemporaine* 54 (2007): 65.